

En la máquina neoliberal

Juan Manuel Reynares¹

Quizás desde que nacimos, para aquellxs que salimos al mundo en la primavera alfonsinista, estamos engullidos por el neoliberalismo. La cuestión es que hoy se nos ha vuelto irresistiblemente evidente. Un dato de la realidad que nos persigue y que nos obliga a pensarlo. Hoy no lo imponen explícitamente las armas, ni se convoca a un símil caudillo que seduzca a las masas. Ni siquiera continúa subterráneamente en las estructuras económicas y financieras mientras se transforman áreas vitales de la política argentina mediante un lenguaje de derechos, a la vez inédito y parte de la mejor tradición nacional y popular. No. Hoy desembozadamente el neoliberalismo se cristaliza en un sistema continuo de imputación de sentidos que nos embarulla, nos agobia y nos encanta. Hoy, para sintetizar, el neoliberalismo se ha vuelto sistema.

Spots publicitarios de Macri, de telefonía celular o de auto nuevo. Nuestra vida pasa por un spot. No tanto porque nos invade en el tiempo, jabonoso y material, en que transcurre nuestra existencia, sino porque la temporalidad que da sentido a nuestra vida, en tanto primera dimensión de la experiencia humana, está marcada por signos repetidos, por gestos solitarios pero recurrentes, en que el presente se satura y no hay pasado que recordar sino un futuro al que fugar. Asistimos a una nebulosa de elección sin riesgo, de inversiones constantes y de sacrificio diferido que emerge desde insospechados puntos de lo que nos rodea. “Elegí todo”, propone una compañía de celulares. “Sigamos cambiando juntos”, persuade un presidente. La coincidencia de los tonos y las estéticas dice mucho más que la simple expansión de las técnicas del marketing al mundo de la política. Nos muestra que la contradicción no es obstáculo para captar la atención y suscitar adhesiones y que, por el contrario, andamos por las calles esperando la mentira que resuelva por un rato la vida que nos cuesta vivir. Elegir todo es no elegir nada. Es negar la pérdida que supone toda elección. Seguir cambiando no es cambiar, sino, precisa y abrumadoramente, evidenciar que no se cambia nada. Decir que podemos hacerlo juntos es una operación inclusiva que ya la más básica de las semióticas ha mostrado como pináculo de la hipocresía.

Elegir todo y seguir cambiando son dos juicios contradictorios en sus términos, pero sintomáticos de una lógica que sustrae al sujeto su capacidad volitiva, esa tan moderna necesidad de libertad individual. Para llegar a ese

¹ Investigador Asistente del CONICET. Docente en la UNVM. Programa de Estudios en Teoría Política, CIECS, FCS-UNC y CONICET.

punto, ya se desnudó al mismo individuo de cualquier marca colectiva, de cualquier condición social. Elegir todo y seguir cambiando expresa por contraste el logro neoliberal de ensalzar un individuo que ya no es el que era. Como ya dijeron varixs antes, el individuo neoliberal ya no tiene las marcas modernas pero estas ubicuas voces mercantiles lo siguen llamando por ese nombre. Y aquél atiende a la cita como si tuviese que responder por unos blasones que ya no tiene, por unas condecoraciones que no tienen cuerpo donde lucirse.

El neoliberalismo es hoy un objeto prioritario para el pensamiento crítico porque cuestiona precisamente cuál es nuestra posibilidad de deshacernos de él, de construir una posición de alguna manera desanclada de su influencia como para introducir una alternativa. La constitución de sentido es extensa, en filigrana, continua, capilar. Si es ese el grado de estabilidad de un sentido, al menos dos interpretaciones parecen posibles. Una, que esa increíble capacidad de producir consonancia es una muestra clara de que hay cierta naturaleza en el neoliberalismo, cierta verdad colectiva de la humanidad que la conduce a la explotación indiscriminada, la competencia y la destrucción. Algo así como una versión aggiornada y muy hegeliana de que “el sueño de la razón produce monstruos”. Otra, que ha habido un cambio en nuestro tiempo, un tiempo que es imposible de predecir y de totalizar, pero cuyas coordenadas han variado, forzándonos a nuevas figuras, composiciones, actitudes, conductas con que pensar y actuar. Esto último nos coloca en una posición distinta respecto de la historia, pero el quid está en desplazarnos en la praxis, y no sólo a partir de un presupuesto ontológico. Un pase que es también ético y constante.

Las dos formas son antitéticas, pero subyacen a nuestras acciones cotidianas. La primera se adapta, la segunda cuestiona. Ambas angustian. En algún punto, la primera no esconde su verdad monstruosa: esto terminará, más temprano que tarde, y los únicos sobrevivientes serán quienes puedan pagarse ese detalle que es la vida *buena*. La segunda bascula entre la incredulidad, la ira y la complacencia. Se hace la pregunta por el quehacer con un mundo que es, en algo difícil de detectar, ajeno. Y allí está su potencia, en el pensar, que es poner palabras a las prácticas silentes. Más aún hoy, cuando parece que todo está hecho de frenesí y de silencio. O peor, del silencio que producen las palabras vacías: elegí todo y seguí cambiando juntos.

Quizás de ese modo sea factible una posición crítica que trascienda la oposición, un tanto engañosa, entre denuncia y conformismo. Esta dicotomía se sostiene sobre la figura de un neoliberalismo del que hay que salirse, cuando la cosa no pasa por las topografías sino por las prácticas. La

apuesta, desde donde toca, es para un pensamiento en el pliegue de nuestra cotidianeidad. Como ya decía Foucault hace 35 años: “Una crítica no consiste en decir que las cosas no están bien como están. Consiste en ver sobre qué tipos de evidencias, de familiaridades, de modos de pensamiento adquirido y no reflexivos se sostienen las prácticas que aceptamos... La crítica consiste en desemboscar este pensamiento y en intentar cambiarlo: mostrar que las cosas no son tan evidentes como creemos que son, hacer de modo tal que aquello que aceptamos como obvio no lo sea. Hacer la crítica es volver difíciles los gestos más fáciles...”².

Algo resta de este ejercicio político de volver difícil lo fácil. Señalar, por ejemplo, que la increíble capacidad electoral del macrismo hoy puede muy bien asentarse sobre esa sistematicidad que *conecta* con los dispositivos de mercado. El macrismo dice lo que queremos escuchar con la misma modulación con que los sofistas cotidianos, en las pantallas, nos inculcan aquello que debemos querer. Es la opción fácil: ahí radica el germen básico de su conservadurismo.

² M. Foucault, “Est-il donc important de penser” en M. Foucault, *Dits et écrits*, Paris, Gallimard, 1994, p. 180.